Matthew

M V Heart

Image not found.

Capítulo 1

'*Por fin en casa*' pensé mientras subía las escaleras y buscaba las llaves en el bolsillo. Al entrar me pareció ver a Oliver, uno de mis compañeros de piso, en la sala de estar, yendo hacia su cuarto. Colgué la bolsa en mi percha de la entrada y me senté en el banco para descalzarme. Me había quitado el primer zapato cuando Oliver apareció ante mí y cogió su chaqueta. Deduje que salía.

—Llegas tarde —me dijo a modo de saludo.
—Lo sé —contesté. Me apetecía mucho tumbarme en el sofá un rato sin hacer nada. Si él se marchaba iba a tenerlo todo para mí solo. Qué bien.
—Tienes un aspecto horrible —añadió.
—Muchas gracias —respondí sin el menor interés. Metí los zapatos en mi compartimento y me puse de pie—. ¿Has quedado con alguien?
—Un cliente del gimnasio me ha invitado a una fiesta en su casa.
—Pásalo bien —dije dispuesto a llegar hasta el ansiado sofá. Empecé a recorrer el pasillo hacia la sala de estar.
—¿Por qué no te vienes conmigo? —preguntó. Eso me detuvo en seco y me volví para contestarle—. De hecho quiero que vengas. Solo lo conozco a él y prefiero tener a alguien con quién hablar—dijo antes de que pudiera negarme.
—No me apetece nada ahora mismo música a todo volumen. Necesito descansar un poco.
—No ese tipo de fiesta, creo —noté que había dicho la última palabra en un tono mucho más bajo—. Además, ¿te acuerdas que me debías un favor? Estaremos en paz —sentenció con una sonrisa burlona. Su expresión triunfante hizo que se me escapara la risa pese al contratiempo. No tuve más remedio que pasar por mi cuarto, cambiarme de camiseta y camisa, ponerme un poco de desodorante y colonia y calzarme las Converse. Ni me acordé de quitarme las gafas y cambiarlas por las lentillas. En menos de cinco minutos salía otra vez de casa. Al menos esta vez conseguí sentarme en el transporte público.

Cuando llegamos al piso en cuestión oímos música chill out desde fuera. Oliver dio unos golpecitos en la puerta y enseguida nos abrió una chica pelirroja. Tal como imaginé, a mi compañero de piso le faltó tiempo para ofrecerle su mejor sonrisa y presentarse. Los dejé atrás y me adentré en la sala de estar. En cuestión de segundos alguien me ofreció una cerveza y sin pensarlo la cogí y empecé a beber. Me sentó bien. Oí a un chico decir "*Salgo a tomar el aire*" y lo seguí con la mirada. Lo vi subir unos peldaños hasta lo que debía de ser la terraza, cubierta tipo conservatorio. '*Menudo piso*' pensé. '*Ya me gustaría tener algo así'*. Di un vistazo alrededor para decidirme con quién iba a intentar empezar una conversación. No vi a nadie solo. La gente estaba sentada en el sofá o en pequeños grupos de pie charlando. Y entonces me fijé en una chica de pelo entre rubio y castaño que me pareció con diferencia la persona más elegante del lugar.

Nunca me había fijado en como vestía la gente, pero ella destacaba. Tenía clase. Charlaba con otras tres personas, y no dejaba de sonreír. Una de las chicas con las que hablaba debió de hacerle un comentario sobre su vestido, porque lo miraba y parecía que le preguntaba por él. No era nada sugerente, pero estaba muy guapa. Pensé en intentar acercarme a ese grupo, pero en ese momento Oliver apareció junto a mí y me distrajo.

—¿Tienes hambre? —me dijo mientras me mostraba su plato con algo para picar. Mi estómago me recordó que no había tomado nada sólido desde el almuerzo.
—¿De dónde lo has sacado? —quise saber. Señaló la zona de la cocina, a mi izquierda. Fui hacia allí y me serví algunos mini sausage rolls y scotish eggs. También añadí una cucharada generosa de guacamole y un puñado de tortilla chips. Volví al lado de mi compañero de piso y devoré la comida para calmar mi hambre.
—No veo a Steve —dijo Oliver—. ¿Nos habremos equivocado de sitio? —se rió. Tuve la tentación de fulminarlo.
—Y otra pregunta importante —dije yo cayendo en la cuenta—, ¿podías colarme? Esto parece un poco exclusivo.
—No lo sé. Supongo —contestó él sin darle importancia. La tentación se hizo mayor.
—Te gusta meterme en situaciones incómodas, ¿eh? —Se me resistía un poco el humor inglés, en especial el de mi compañero de piso. Tal vez con el tiempo mejoraría. Llevaba solo unas pocas semanas en Londres.
—Es mi nuevo hobby. Vete acostumbrando —contestó con una sonrisa mientras me daba una palmada en la espalda. Meneé la cabeza y para distraerme busqué a la chica rubia con la mirada. La vi justo subir los peldaños hacia la terraza.
—Voy al baño —dijo Oliver. Y me encontré de nuevo solo. No tenía nada mejor que hacer, así que decidí atreverme a charlar con la chica rubia. Me convencí diciéndome que probablemente sería una pija estirada, nos caeríamos fatal y podría dar mi intento de hacer nuevos contactos de ese día por zanjado. En la terraza había un par de butacas y puffs y una mesita con velas y snacks. Varias personas estaban sentadas y unas pocas más de pie. Pero no vi a la chica rubia. Entonces me di cuenta que solo una parte de la terraza estaba cubierta. Algo menos de la mitad. El resto estaba al aire libre, y había más gente fuera, la mayoría fumando en el rincón más alejado. Salí a ver las vistas. *Cuanto espacio tienen aquí… En verano deben hasta hacer barbacoas.* A mi derecha oí el sonido de un tren, probablemente la línea de DLR en la que habíamos llegado, y al mirar hacia allí la vi apoyada en el muro, sola. Las luces de la ciudad alrededor, brillando contra el negro de la noche me hicieron sentir bien. Muy lejos de casa, pero contento. El frío me despejó. Cogí aire y fui hacia ella, despacio. No esperaba nada. Bueno sí, esperaba quitarme un poco más el miedo a ligotear con chicas. Me sentía oxidado después de tanto tiempo sin práctica. Es lo que tiene cuando llevas años en una relación

larga y se va a pique.

—Bonitas las vistas desde aquí —dije. Fue lo único que se me ocurrió. Al acto me sentí idiota por ser tan poco original, pero ya estaba hecho.

Capítulo 2

De las habitaciones que había marcado como interesantes en Spareroom y en Gumtree era la que, al menos en foto, más me gustaba. Ya había visitado tres de mi lista, y sabía que al menos en dos estaba descartado. En una, por no tener referencias. '*Lo sentimos, pero son imprescindibles*', habían dicho. *¿Como iba a tenerlas si estaba buscando mi primera vivienda en Londres?* Y la otra, la chica con la que hablé no me causó buena impresión. Además, la habitación olía a rancio y el papel de la pared se caía a pedazos. No, gracias. Repasé en mis notas el nombre del chico con el que iba a entrevistarme a continuación y que podría convertirse en potencial compañero de piso. Oliver. Lo repetí en voz baja para no olvidarlo. Me había dicho por teléfono el día anterior que iba rapado y que llevaría una camiseta negra. El móvil indicaba que ya llegaba cinco minutos tarde a la cafetería donde teníamos que encontrarnos. Después de casi una semana en Londres aún no conseguía calcular de forma acertada cuánto tardaba en ir de un punto a otro de la ciudad en transporte público. Siempre me quedaba corto. Le mandé un mensaje excusándome y diciendo que tenía que llegar en los próximos diez minutos. *Espero que no se largue. Ni que me descarte por impuntual.*

Entré apresurado en el local y vi a un chico que coincidía con su descripción en una mesa cercana a la puerta. Era un cachas. Hombros anchos, musculoso, piel canela y con aspecto serio, consultando su móvil. Me acerqué a él sintiéndome un poco pequeño.

—¿Oliver? —tanteé. Me miró con cara de pocos amigos.
—Debes de ser… —Pareció incapaz de recordar mi nombre, así que acabé la frase por él.
—Matt —dije, tendiéndole la mano. Me dio un apretón fuerte aunque muy breve—. Siento llegar tarde —me disculpé mientras me sentaba. No me atreví a pedirle que me diera un par de minutos para pedirme un café, aunque me apetecía mucho. No hizo ningún comentario y fue directo al grano. Me contó que era un piso de dos habitaciones dobles y una individual, y que la del anuncio era una de las grandes, amueblada. La cocina y la sala de estar, compartidas. La habitación pequeña la ocupaba un tal John, que trabajaba de noches y dormía por las mañanas, y que pasaba muchas tardes en el piso de su novia, con lo que prácticamente era como si fuéramos a ser dos. Si me elegía, claro está. Lo recalcó varias veces mientras me hablaba de las condiciones del contrato, de normas internas del piso y de los costos, aparte, de luz, agua y council tax.
—¿Sigues interesado después de lo que he explicado? —preguntó.
—Sí —contesté enseguida. Tuve la sensación de que esperaba la respuesta contraria.
—¿Fumas?
—No.
—Tienes pinta de ser un tío bastante tranquilo. En el buen sentido

—puntualizó. Me habían dicho eso más de una vez en en el pasado. Sobretodo cuando llevaba gafas, como en ese momento. Me hizo sonreír.
—Supongo que lo soy —contesté.
—¿Puedo preguntar de dónde eres?
—Soy canadiense, de la Columbia Británica.
—Que casualidad. Mi abuelo era canadiense —dijo Oliver, que ahora parecía divertido e incluso agradable—. Y dime, ¿qué te trajo a Londres?
—Ganas de ver mundo y una oferta laboral —respondí—. Soy periodista.
— ¿Cuanto tiempo llevas aquí?
—Cinco días —contesté. *Muy intensos por cierto.* Eso lo sorprendió.
—¿Has empezado ya en tu nuevo trabajo?
—Sí, hoy ha sido mi segundo día.
—Debes de estar en periodo de prueba entonces —dedujo. Asentí con la cabeza.
—¿Es un problema? —quise saber, esperando que eso no fuera a descartarme.
—Depende. En el supuesto de que no lo superaras, ¿podrías seguir pagando el alquiler?
—Hay mucha demanda en mi sector ahora mismo —expliqué—. Y en el peor de los casos, tengo ahorros.
—Bien —dijo satisfecho. Pareció que analizaba la situación—. ¿Quieres ver el piso?
—Sí, por favor.

Debo de haber superado la primera prueba. ¡Bien! Me animé. Salimos del local y caminamos unos pocos minutos por a calle principal. Luego nos metimos en una secundaria y nos adentramos en una zona residencial. Seguimos con charla informal por el camino y empezó a caerme mejor. Y me pareció que yo a él también. Cuando sonreía mostraba unos dientes perfectos que eliminaron todo rastro de mi primera impresión al verlo. Era un tío simpático y sociable. Me contó entre otras cosas que trabajaba en un gimnasio y que había vivido casi toda su vida en Londres.
Y por fin llegamos a la vivienda. Lo primero que me impactó fueron las paredes del recibidor. Parecían recién pintadas, de blanco. De hecho Oliver me confirmó que el propietario había hecho pintar el piso hacía tan solo un par de meses. La sala de estar y comedor, de la que también había foto en el anuncio, era bastante amplia comparada con las otras que había visto. La mesa no era muy grande pero suficiente para dos o tres personas. Me gustó que había dos sofás, de tres y dos plazas, ya que en la foto del anuncio solo aparecía el grande. La cocina, de la que no había imagen, era muy pequeña. Los dos baños, uno de ellos solo con lavabo, también eran minúsculos, pero al igual que el resto de espacios, estaban muy limpios y ordenados. La que podía ser mi futura habitación fue un poco más grande de lo que esperaba, aunque deduje que recibía poca luz natural. La pared opuesta a la puerta estaba cubierta en papel enladrillado un poco desgastado, pero el resto eran blancas y sin marcas. *Debieron de pintar absolutamente todo de blanco.* El mobiliario consistía solo en una cama doble, una mesita, una estantería y un armario, pero había sitio

para añadir un pequeño escritorio, que sin duda necesitaría. Había una maleta abierta en el suelo y ropa y objetos personales tirados por todas partes.
—La estantería es del inquilino. El resto se quedaría —dijo. *No hay problema*, pensé.
Oliver me llevó a la sala de estar para darme unos cuantos detalles más. Aproveché para testar la comodidad de los sofás. Aprobaban con nota.
—¿Qué te ha parecido? ¿Tienes alguna duda?
—Me gusta –confesé—. La cocina y el baño podrían ser más grandes pero el resto está bien. Y está todo impoluto, por cierto.
—Respecto a eso —dijo poniéndose un poco más serio otra vez—. Me gusta la limpieza y el orden. Odio llegar a casa y que haya caos y platos sucios en la mesa o en el fregadero. Es uno de los motivos por los que estoy buscando un nuevo compañero. Quiero a alguien parecido a mí. Admito que John es muy despistado y suele dejarse cosas en todas partes, pero respeta los turnos de limpieza, cocina poco y cuando lo hace recoge, y nos conocemos de hace tiempo.
—Lo comprendo. Y para serte sincero, una de las cosas que más me gusta de este piso es lo limpio que está. A mí también me agobia llegar a casa y tener que sacar o limpiar cosas de los demás. En ese aspecto nos entenderíamos muy bien.
—Bien —dijo Oliver mientras me tendía la mano para despedirse—. Tengo dos visitas más mañana y por la noche elegiré. Así que si me decido por ti te llamaría entre mañana noche o pasado.
—Perfecto —contesté yo.
—¿Tienes más pisos para visitar? —preguntó.
—Uno por aquí cerca dentro de una hora y otro mañana después del trabajo —contesté. No dijo nada.

Nos despedimos en la puerta y regresé a la cafetería donde nos habíamos encontrado. Me pedí el café, que seguía apeteciéndome, y saqué el kindle de la bolsa para relajarme un rato antes de la siguiente visita.

Dos días más tarde, de camino al trabajo, mi móvil sonó. No conocía el número.
—¿Hola?
—¿Matt? Soy Oliver, del anuncio de la habitación —dijo. *¡Buena señal!* Ese piso era el que más me había gustado.
—Te recuerdo —contesté.
—¿Sigues interesado? —preguntó.
—Sí, muchísimo.
—Me alegro de oír eso. ¿Cuando querrías mudarte? La habitación está libre desde hoy mismo.
—Es una gran noticia —dije muy contento. *¡Ya tengo casa!*